

MUSEOS EN EL CAMINO:

..... Viaje imaginario a propósito del jubileo compostelano

Luis Grau Lobo¹
Museo de León

Resumen: Se ofrece una panorámica sobre el fenómeno del Camino de Santiago en su vertiente expositiva vinculada a la celebración del año jubilar compostelano en las dos últimas décadas, así como un sintético repaso a los museos situados a lo largo del "camino francés", o ruta principal.

Palabras clave: Camino de Santiago, Museos, Exposiciones, Xacobeo.

Summary: An overview of the phenomenon of the Way of Saint James (Camino de Santiago) is offered in its expositive facet linked to the celebration of the Jubilee years in the last two decades, as well as a brief review of the museums located along the "French Way", or main route.

Key words: The Way of St. James, Museums, Exhibitions, Xacobeo.

*"¿a qué convocan vuestras chirimías,
a qué celeste fiesta o láctea estela?"*

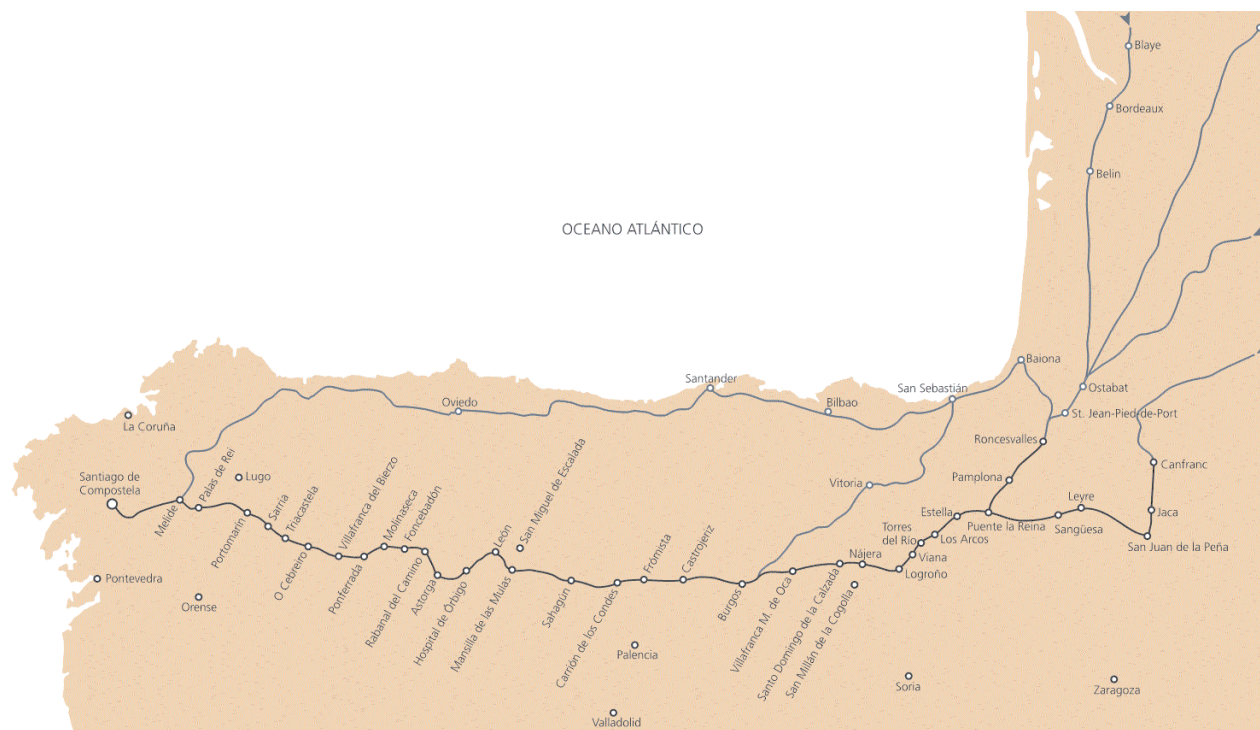
Gerardo Diego (*Ángeles de Compostela*)

Cuando en lo venidero los estudios relacionados con el fenómeno jacobeo vuelvan la vista atrás, tendrán a nuestras décadas de entresiglos por una de las "épocas mayores" de la peregrinación compostelana. Será ésta una cúspide en el diagrama imaginario de altibajos que caracterizan la biografía del itinerario jacobita, desde la *inventio* del eremita Pelayo, el obispo Teodomiro y el rey Alfonso II, allá por el siglo IX. El peregrino hoy tiende a coincidir con el comentario de los embajadores del emir almorávide Alí ben Yusuf que cita la *Historia Compostelana*: "(es) tan grande la multitud de los que van y vuelven que apenas dejan libre la calzada hacia Occidente".

Bien es cierto que para explicar tal auge cabe recurrir a un sustrato emocional común, a una sensibilidad de época, que se afana por recuperar señales de autenticidad en un pasado idealizado y sin historia (por inflación o por liquidación) en el que los gestos y tradiciones cobran el valor de un refugio espiritual ante el desmoronamiento de otras certidumbres socioculturales. Así, el "quebranto mítico de la modernidad" (en expresión de Mircea Eliade) ha dado paso a una busca y *aggiornamento*, en ocasiones superficial, de los viejos referentes religiosos o, sencillamente, ancestrales. Y, por fin, la inveterada costumbre de peregrinar, de caminar en una dirección para poner orden, sentido y destino en el caos del mundo, ha cobrado nueva forma en nuestros días

Luis Grau es conservador del Cuerpo Facultativo de museos desde 1990 y director del Museo de León desde esa fecha. Ha colaborado en diversos estudios y muestras sobre el fenómeno de las peregrinaciones. Es autor de "La pintura romántica en Castilla y León" y "Pinturas murales de la Edad Media en la provincia de Zamora", entre otros trabajos.

¹ E-mail: graloblu@jcy.es



mediante la hipertrofia de la necesidad del viaje, única manera de escapar de los estrechos horizontes de un Occidente cada vez más acorralado en su opulencia.

Pero todo este caldo de cultivo cabe adobarlo con atributos genuinos de nuestra sociedad del ocio, que ha convertido el trabajo en un medio o, mejor, en un desagradable peaje, para ganarse el asueto, perversión radical de los valores burgueses de la industrialización y síntoma inequívoco de su conversión en sociedades posindustriales o, si se prefiere, posmodernas. Pues en la peregrinación confluyen muchos de los valores de ese *otium*: ruptura de la cotidianidad, ejercicio físico, contacto con la naturaleza, conocimiento de las raíces históricas y sus huellas materiales, turismo cultural, gastronomía, tradición y, por supuesto, renovación de ritos y costumbres seculares, avaladas por el paso de los siglos y por su carácter fuertemente identitario, pese a que en este caso, y por fortuna, no se trata de una identificación de vocación nacionalista o casticista, sino de amplio espectro territorial. Pero para todo ello, por supuesto, no se necesita desplazarse fatigosa (y gozosamente) a Compostela. Para todo ello se necesita aún más. Se requiere que la ciudad-aldea del Apóstol siga siendo, como hace un milenio largo, una categoría mental y espiritual a la que se accede tras difíciles jornadas. Un extenuante periplo que siga provocando un trasiego interior en pos de una evocación

reveladora y auténtica, a la busca de un paraje en el que se divise, más allá, un cierto final del mundo y que, frente a nosotros, sólo quede contemplar la infinitud de un océano que no se dibuja en los mapas².

No es de extrañar, tampoco, que esta regeneración transnacional del Camino de Santiago sea más o menos armónica con la normalización democrática de España y su pleno ingreso en una Europa en la que se imbricó con incuestionable ímpetu en la época clásica de las peregrinaciones, allá por el episcopado de Gelmírez. Que el año 1982 fuera, precisamente año

² Para uso del caminante, y pese a la abundancia de guías y cartografía, la mejor compañía del peregrino a pie sigue siendo el trabajo ejemplar del párroco del Cebreiro y su equipo de entusiastas protectores de la ruta, (Valiña, 1985), que puede complementarse, para lectores en casa, con el voluminoso trabajo de Goicoechea (1971). La ruta ovetense tiene una correcta actualización en Galán (1996). A nuestro juicio, el mejor compendio de bolsillo de la historia del camino sigue siendo el libro de Bottineau (1965), con la deseable compañía de Martínez Sopena (1990). Más extenso, Caucci von Saucken (1993). Por fin, entre el sinfín de relatos sobre las experiencias personales de realización de la ruta que han aparecido en estos últimos años (de Shirley McLaine a Paulo Coelho), seguimos prefiriendo el de Barret y Gurgand (1978), aparte, por supuesto, de los relatos históricos de Hermann Künic, Domenico Laffi Boloñes o Guillaume Manier, en particular. Una aportación original en este aspecto, a causa de su heterodoxia y calidad es la de Nootboom (1993). En todo caso, y a pesar de la multiplicación de títulos *a posteriori*, sigue siendo útil la bibliografía sobre el Camino de Santiago (1993) editada por el Consejo Jacobeo y Ministerio de Cultura.

jubilar compostelano y figure en el arranque de esta *renovatio*, puede ser, más allá de una coincidencia, un indicio de su europeidad incuestionable. Porque, si es cierto que la peregrinación moderna se debe a la “segunda *inventio*” o hallazgo de los extraviados restos apostólicos, en 1879, y que el franquismo promovió este culto en consonancia con su nacionalcatolicismo, no será hasta los ochenta cuando deje de estar precisamente marcado por tal interpretación para abrirse a una forma de entenderlo más allá de las liturgias o ideologías concretas que lo lastraban.

A un tiempo, la política “gelmiriana” de la Xunta de Galicia, en particular, ha proporcionado al movimiento peregrinador muchos de los cauces oportunos para convertirlo en un auténtico fenómeno de masas, lo que si por un lado favorece su expansión y le dota de numerosas actividades, entre las que las de índole cultural no son las menos, por otro, puede dar al traste en un corto período de tiempo con este resurgimiento, herido hoy día por las armas de la oficialidad, la solemnidad y, finalmente, el hastío. Y es en este aspecto en el que puede decirse que las “épocas mayores” no han de ser, por fuerza, las “mejores” para el peregrino. Pues si algo diferencia y explica históricamente el inopinado éxito del *finis terrae* respecto a otros centros mayores de la peregrinación cristiana (Roma y Jerusalén) mucho más dotados, *a priori*, para el trasiego devocional, fue el carácter individual, poco liturgizado y hasta espontáneo que adquirió el viaje a *Jakobusland*, frente a la organizada, burocrática y costosa visita a la cátedra de Pedro o la militar y selectiva a los santos lugares, reservada a ciertas élites. El norte hispano jugó entonces el papel de un *far west* medieval, frontera de oportunidades y venturas, donde el peregrino caminaba atento tan sólo a los límites de sus propias fuerzas y a las esperanzas de futuro que había puesto en la ruta. Esas que hoy se ven desbordadas por un cúmulo de propuestas culturales (la Xunta anuncia 3000 actos culturales para este año, Bob Dylan incluido; el Ayuntamiento leonés, por ejemplo, lanzado a la caza de su papel en la ruta, alrededor de

300, casi una por día, se dice). O amenazadas por una red cada vez más saturada de turismo rural o cultural y por una regulación y administración del Camino cada vez más preocupada por los movimientos de capital que genera su promoción que por el mantenimiento diario de su excepcional naturaleza, de su autenticidad.

Caminos hay tantos como peregrinos, es bien sabido, pero cuando hablamos del Camino de Santiago surge con la fuerza de la sanción histórica y oficial el declarado *Primer Itinerario Cultural europeo* por el Consejo de Europa en 1987, trazado establecido por Aymeric Picaud en su guía del *Codex Calixtinus*, en perjuicio de otras vías más añejas (la ruta marítima, el camino costero y del norte, la vía de la Plata...) que ofrecieron en la plenitud medieval menos oportunidades a la vertebración de los reinos entre sí y con Europa. Bien es verdad que la vía francígena transcurría por trazados antiguos, ya calzadas romanas, ya sendas anteriores, convirtiéndose con el tiempo en un palimpsesto viario en el que la profusión y densidad monumental refrendan su singularidad, pero han de pedirse disculpas de antemano por el hecho de considerar, a partir de aquí, esta ruta como la antonomasia que oculta otras muchas.

Y ello porque sucede que el cometido que nos encargan, el hablar de los “museos en el camino”, debemos interpretarlo, para ceñirnos a la extensión propuesta, como un doble trayecto por la misma senda, la del *camino francés*, de ida y vuelta, como lo fue siempre. Un camino temporal, diacrónico, repasando de forma somera las actividades de otros jubileos y avanzando lo que puede deparar éste, y un camino espacial, de retorno, visitando que quedó de ese paso jubilar en la actualidad, que ofrecen en particular los museos al caminante que se aventure a ir más allá de eventos y efímeros fastos coyunturales.

Pero anticipemos algo de las conclusiones de nuestro recorrido, pues conviene que el caminante disponga de una suposición o disculpa respecto a su objetivo antes de comenzar, aunque sepamos que es en la

realización del camino donde reside su propio fin. Simplificando, diremos que los recursos puestos al servicio del Camino en materia museística no han sido los protagonistas de las múltiples actividades culturales desarrolladas en él, pese a que los museos, en contrapartida, sí que hayan proporcionado ingentes recursos y apoyo a estas actividades. El saldo es claramente a favor de los museos, lugar de salida de obras prestadas con generosidad pero no receptor de suficientes inversiones que avalen la importancia de su correcto funcionamiento, el que garantiza aquella salida en todos sus aspectos. En este sentido, si bien las obras expuestas proceden también con abundancia del patrimonio eclesiástico, éste no puede efectuar la misma queja, quizás por ser otro su propietario. Una deuda, por tanto, que va siendo crónica, en éste y otros ámbitos, y que no permite considerar a la ruta jacobea como un activo generador de renovación museística alguna, sino que, más bien, supone interpretar las actuaciones expositivas realizadas al albur de la peregrinación como ajenas, cuando no lastres, de la precaria infraestructura museística del trazado que comentamos. Cuantas actividades expositivas (y escogemos éstas por ser las más íntimamente vinculadas a lo museal) han tenido lugar hasta ahora en años jacobeos y no jacobeos han necesitado de los museos, pero éstos o no se han beneficiado de su ubicación en la ruta o, simplemente, sólo lo han hecho en un aumento de visitas que no significa sino un fenómeno transitorio, la constatación de su descenso al año siguiente o sencillamente, su marginalidad respecto al gasto efectuado, receptores como son, los museos, de un tipo de presupuesto más vinculado a la inversión. Es por ello que nos vemos obligados, en este primer excurso, a referirnos básicamente a actividades temporales, transitorias que no transicionales.

En el itinerario de ida, el de las museografías temporales, y como quizás no podía ser de otro modo, el panorama expositivo de referencia se inaugura en lo santiagués con una muestra realizada lejos de nuestro país, pero que aún hoy sigue siendo el modelo de



Figura 1: *Peregrinos ante el altar de Santiago*, Maestro de Astorga, hacia 1330 (Museo de León). Tabla adquirida por el MECD en 1995, que ha participado en las exposiciones *El Camino de Santiago*, Europalia, Gante, 1985; *Las tablas flamencas en la Ruta Jacobea*, 1999; o *Luces de peregrinación*, Madrid y Santiago de Compostela, 2004

cuantas han tenido lugar en las citas siguientes, superasen o no en ambición su planteamiento. Nos referimos a la llevada a cabo en Gante, en 1985, con motivo de la dedicación a España de la cita de *Europalia*, que reunió a los especialistas más destacados sobre el fenómeno y cuyo esquema y espíritu suponen no sólo el arranque sino también el tronco del que nacieron, en los noventa, las restantes aportaciones que repasaremos (Figura 1). Su catálogo, lamentablemente no traducido al español, visto con el paso de casi dos décadas, no deja indiferente a la vista del partido que se ha sacado al asunto en la bibliografía y actividad expositiva ulterior. Antes, únicamente Francia, al calor de la Asociación de Amigos del Camino y de René de La Coste-Messelière, núcleo "resistente" ultrapirenaico de lo jacobeo en los momentos más negros de la peregrinación, había dado cumplimiento a los años jubilares en varias ocasiones (1965, París; 1976, Parthenay o 1982, de nuevo París, con el precedente, en España eso sí, del Instituto Francés en 1950, entre otros), mención a parte de la muy meritoria muestra liminar *Por el Camino de Compostela*, del Museo de las Peregrinaciones (1982).

Pero el cómputo de los “jacobeos expansivos” en nuestro país debe iniciarse en 1993, tras uno de los períodos “largos” de 11 años desde el anterior año jubilar (recordemos su ritmo: 6, 5, 6 y 11 años). Es entonces cuando se movilizan todos los resortes hacia la naturalización hispana del jubileo moderno, cuando se establece la pauta de un acontecimiento que venía esperándose de tan lejos. La oficina de gestión del *Xacobeo*, de la Xunta de Galicia, único órgano administrativo estable dedicado a la preparación de eventos relacionados con el Camino, promueve, entre otras actuaciones de mérito, en su mayoría relacionadas con la promoción y la propaganda, una muestra temporal que, bajo el título *Santiago, camino de Europa. Culto y cultura en la peregrinación a Compostela*, supone la vindicación de nuestro país en este aspecto, pues tanto su monumental catálogo como su excepcional extensión y exhaustividad, en ocasiones demasiado especializada para el gran público, bajo la experta batuta del doctor Serafín Moralejo, supuso, con el precedente del centenario del Pórtico de la Gloria (1988), el mayor esfuerzo de compilación y actualización realizado hasta la fecha, prueba inequívoca de la madurez del fenómeno expositivo jacobita y de su pujanza en secuelas coetáneas y venideras. La alternativa, más ligera y, por compensación, más asequible, la llevó a cabo el Ministerio de Cultura, con la organización de *Vida y peregrinación* en Santo Domingo de la Calzada, cuyo planteamiento y catálogo, pese a realizarse con más prisas y menos medios, tuvo el acierto de propugnar mayor amplitud para el fenómeno, abordado desde una perspectiva más general y divulgativa, y cuestionado el galaicocentrismo del Camino, mediante su ubicación *in media re*. En el trayecto autonómico más extenso, Castilla y León ha vivido la última década de espaldas al Camino y sus celebraciones. Entregada su escasa capacidad expositiva al recurrente y ya estéril (no en lo económico, claro) enclave anual de *Las Edades del Hombre*, que parecen haber huido de la causa jacobea en la ubicación de sus sedes los años jubilaes, la región central del camino francés no ofreció este año, como no lo ha hecho desde

entonces, alternativas de gran calado a las llevadas a cabo en otros territorios, empeñada como está en ofrecer otros jubileos o centenarios *ad hoc*, como ocurrió un año después, en 1994, con esa especie de desquite fallido a propósito del Tratado de Tordesillas, o sucederá, en 2004, con el de la católica reina Isabel. Únicamente cabe reseñar aquí el loable y aislado esfuerzo de la Diputación de León por ofrecer una muestra que, a la postre y sin embargo, resultó un acto malogrado cuyo planteamiento casi rozó el esperpento por los espléndidos medios dedicados a tan escasa capacidad de imaginación (hasta el título era plagiarlo: *Los constructores de catedrales*) o de contenidos.

Junto a las propuestas efímeras, alrededor de esa fecha algunas administraciones, con buen juicio, recuperaron títulos clásicos y aún no superados de la bibliografía santiaguista, como el soberbio trabajo de Lacarra, Uría y Vázquez de Parga, aún la fuente de la que mana la mirada editorial al rebufo del Camino, cuya añeja publicación en el jubileo de 1948 se recuperaba en 1992 gracias al Gobierno navarro y a una compañía eléctrica, tras el agotamiento inmediato de la anterior reedición asturiana (1981). De igual categoría, la recuperación en Galicia de la traducción del *Codex* efectuada por Moralejo, Torres y Feo y publicada allá por 1951, suponía la puesta al día de los estudios santiaguistas en España. Y aunque ya desde entonces (y mucho más aún hoy) es difícil efectuar o encontrar aportación libresca alguna que suponga novedad, el entonces llamado MOPU editó dos volúmenes que constituyeron una grata sorpresa por su planteamiento, edición y documentación, merecedores de incluirse entre los clásicos del tema.

Prueba de que el Camino de Santiago en su vertiente epistemológica había arraigado ya en nuestro país es buen ejemplo el surgimiento de estudios y muestras de lo que podríamos llamar fenómenos marginales o excéntricos a las propuestas citadas, esfuerzos editoriales o museísticos (efímeros, pero en ocasiones pioneros de futuras y feraces sendas) cuya vinculación con el itinerario y el modelo acuñado en Gante y

sancionado en Santiago es más de desarrollo que de débito. Así, el activo Centro de Estudios Benaventanos o la Fundación para el desarrollo provincial de Burgos inciden sobre la iconografía en el área sureña del Camino (el trazado mozárabe de la Vía de la Plata) o la de los santos vinculados al Camino, respectivamente, en un esfuerzo cada vez más deseable por abrir nuevos y diferentes rumbos, perspectivas convergentes e integradoras respecto al trazado poderoso de la promoción institucional y turística.

El siguiente año jubilar, ya para siempre bajo la denominación de origen de Jacobeo (o *Xacobeo*) es, ¡oh, maravilla aritmética!, el “último del milenio” (como éste es primero del actual), y cual si de una oportunidad única sancionada por la mercadotecnia cultural se tratara, el engranaje se pone en marcha. Junto a la recuperación de sendas, la habilitación de albergues e infraestructuras y la promoción de un cada vez más masificado itinerario, se riza el rizo y lo que parecía insuperable se vuelve a superar: la muestra bajo el rotundo y lacónico nombre de *Santiago* congrega cuatro enormes volúmenes, e implica a toda Compostela en sus sedes (Palacio de Gelmírez y Fonseca, junto a las reflexiones sobre San Martiño Pinario y San Paio de Antealtares) y proporciona otra vuelta de tuerca con proyección a Portugal (Lisboa), en el que quizás haya sido el jacobeo más atlantista. Muestra de la tendencia hacia el efecto llamada y la vocación de promoción turística con que se compensan los retruécanos de la investigación, fue la versión fotográfica y promocional (no exenta de catálogo de gran formato) llevada a los aeropuertos de medio mundo a través de *Huellas jacobas*.

Junto a tal enormidad, y como si el cansancio hubiera hecho mella en otras administraciones, apenas constatamos modestos empeños que intentan ofrecer al peregrino la atención espacial que tal año merece, como sucede en el Museo de La Rioja, que edita una muestra iconográfica y un volumen de estudios de ámbito territorial, dentro de su amplia y excelente serie de trabajos, que ya contaba con una entrega

sobre los peregrinos el año jubilar de 1993. O en el Museo de León, quizás el más jacobita de cuantos cruza el Camino a causa de la naturaleza de sus fondos y de su sede, que dispone, con idéntico espíritu austero, la muestra *Ultreia, camino de Santiago por el Museo de León*, una recopilación de esas colecciones “peregrinas”, por primera vez entresacadas y catalogadas. Son decorosos ejemplos de lo que debiera ser, algún día, una propuesta estructurada a lo largo de todo el eje viario y no sólo en uno o varios focos, en consonancia con la propia naturaleza del Camino, intensidad en toda su extensión.

Y, por fin, 2004. En esta ocasión, el Apóstol se pone de largo y visita la capital, en un doble movimiento de ida y vuelta, gracias a la exposición *Luces de peregrinación*, que se inició en diciembre de 2003 en el madrileño Museo Arqueológico Nacional (hasta marzo de 2004) y concluirá en junio en San Martiño Pinario, sede del diocesano de Compostela. La muestra de la calle Serrano es una correcta apuesta por la contención y la calidad que, en un espacio modesto en dimensiones, reúne obras y episodios claves que, si bien pueden pecar de reposición, de un cierto *dejá vu* respecto a otras muestras aludidas, invita a pensar en la normalización de una cita ya deseada y deseable: la de una muestra de bandera en cada jacobeo, que en Santiago ha de completarse con otras (la dedicada a la atención hospitalaria, en el Museo do Pobo Galego, en Compostela, este verano; las tituladas *Santiago y la monarquía hispánica (1504-1788)* y *Viaje de Cosme III de Médicis a Compostela*, en 1669, o la muestra de *Siete mil años de Arte persa* que albergará el Museo diocesano desde el *Kunsthistorisches Museum* vienés, entre otras).

Por su parte, *Sentimiento de camino* es la alternativa itinerante a base de imágenes infográficas cuya misión es llevar el tema a las sedes del Instituto Cervantes en Europa (Roma, París, Milán, Hannover, Bremen, Varsovia, Cracovia, Bruselas...), puerta abierta a un ulterior desarrollo del que hoy es un proyecto lastrado por su precipitación. Empeño de varias administraciones del territorio caminero (Galicia, Castilla y León, Principado



Figura 2: Capitel de la lucha de Roldán y Ferragut, en Estella

de Asturias y La Rioja), su diseño y efectividad está aún lejos de los óptimos de difusión buscados, ya que la variabilidad (y limitación) de sus emplazamientos y el diseño han propiciado numerosas carencias de realización y comprensión.

El resto de la programación de un año que comenzó a golpe de campana (un tañido apenas perceptible en ambientes urbanos) es aún hoy algo evanescente, ya que las administraciones se afanan por anunciar su frenética confección y programación en gran medida mientras se escriben estas líneas (enero de 2004).

Respecto a nuestro otro recorrido, aquel en que los museos pueden darnos una idea de la dimensión cultural del Camino independientemente de cuando éste se realice, vayamos por orden siquiera geográfico.

El ramal aragonés que atraviesa los Pirineos por Somport nos encamina raudos hasta Jaca, cuyo Museo diocesano, sito en la propia catedral, reúne una de las mejores muestras de arte religioso vinculado al Camino y a la edificación de este templo, clave del románico hispano, así como numerosas jocalías, mientras la antigua Iglesia del Pilar acoge una sección dedicada a la pintura medieval, entre la que sobresalen los frescos románicos (Bagüés en especial).

Por su parte, el camino navarro desciende a Roncesvalles, cuya colección de arte sacro de la Colegiata es el primer museo del recorrido hispano e insiste en la pauta de muchos de los centros que encontraremos: objetos

litúrgicos y artísticos reunidos en soberbios marcos arquitectónicos, donde, en muchas ocasiones, hallamos también evocaciones legendarias, como es el caso aquí del relicario gótico llamado "ajedrez de Carlomagno". Pero la primera capital museística de relieve es Pamplona, en la que encontramos otra de las constantes del trayecto: un sólido planteamiento museológico en su museo territorial, el Museo de Navarra, en este caso agraciado con una reforma reciente (1990) que otorga prestancia a sus colecciones y emplazamiento, en el antiguo Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia, del que conserva portada y capilla, del siglo XVI. En él, junto a las colecciones arqueológicas, musicarias y epigráficas en especial, se exhiben vestigios medievales de gran relevancia, como la arqueta hispanoárabe de marfil de Leire, los capiteles de la primitiva catedral románica de Pamplona o pinturas murales góticas del Refectorio de la Catedral. El retrato del Marqués de San Adrián, de Goya, cierra majestuosamente el conjunto. La réplica en el ámbito eclesiástico es el Museo catedralicio y diocesano, remodelado en 1995, en ámbitos históricos de su sede. Junto a ellos, un nuevo y exorbitado centro cultural (auditorio, etc.) acaba de abrir sus puertas sobre las defensas de la ciudad, de ahí su nombre: *Balu-Arte*.

Seguimos nuestra andadura hasta Estella, donde el antiguo Palacio de los Reyes de Navarra, uno de los escasos edificios del románico civil (junto con el "Palacio de Urraca" en León o el de Gelmírez en Santiago), cuenta con el afamado capitel de la lucha de gesta entre Roldán y el gigante Ferragut (Figura 2) y alberga el Museo Monográfico del pintor Gustavo de Maeztu (1887-1947). Puente la Reina une definitivamente la ruta francígena en un solo trazo, excepción hecha de la variante asturiana, ovetense por más señas, cuya categoría de ramal primigenio (*quien va a Santiago y no al Salvador, visita al vasallo y no al Señor*) va más allá de estas líneas.

Ya nos hemos referido al Museo de la Rioja, instalado en el imponente aunque escaso palacio que fuera residencia de Espartero, cuya sección etnográfica estable

le convierte en referente de tal disciplina en el ámbito jacobeo, donde abundan los museos de tal vocación, y aparte hemos de dejar su activa y acertada política expositiva y de investigación, que lleva a cabo con sus escasos medios. Nájera, con un museo histórico comarcal en el Palacio abacial de Santa María la Real, y Santo Domingo de la Calzada, San Millán de la Cogolla o el Monasterio de Cañas, con muestras de arte sacro, completan el plantel museístico riojano a la vera del Camino.

La entrada en Castilla, por la cuenca del Ebro hasta la frondosa ascensión de Villafranca de Montes de Oca, recalca en Burgos, *caput castellae*, otra de las capitales estratégicas del Camino. Antes, el itinerario se bifurca entre la alternativa hacia San Pedro de Cardena, lugar de gesta cidiana discretamente musealizado en su sala capitular, o la sierra de Atapuerca, nombrado paraje bélico medieval ahora internacionalmente famoso gracias a los hallazgos de fósiles del género *homo* y útiles del Pleistoceno medio, cuya visita, particularmente en verano, puede hacerse guiada y apoyada en un aula arqueológica (sita en Ibeas de Juarros). La capital ha basado en este yacimiento singular su futura expansión museística de renombre: un museo de la evolución humana cuya edificación en curso, muy debatida y aireada, aún no ha deparado gran conocimiento sobre sus contenidos. Ofrece, sin embargo, Burgos una estructura museística sólida y con pocos huecos. A su espléndido museo provincial, el Museo de Burgos (Figura 3), que acoge las secciones arqueológica y de bellas artes más completas, trufadas de obras de primera categoría, cabe añadir los ya añejos de la catedral y de las Ricas Telas del Monasterio de Las Huelgas y el más moderno Museo del Retablo, en las inmediaciones del castillo, en lo que respecta al arte religioso. En esas mismas lindes de la fortaleza que monta sobre la catedral, se ha abierto recientemente el Centro de Arte de la Caja de Burgos (CAB), en un edificio de correcta arquitectura contemporánea, que rivaliza con el Palacio del Cordón, serios continuadores de la excelente colección de artistas burgaleses del siglo XX que expone el



Figura 3: Interior del Museo de Burgos



Figura 4: Arco de Santa María, Burgos

Museo de Burgos y del propio Museo Marceliano Santamaría, ubicado en el antiguo hospital de peregrinos de San Juan. El Museo Regional Militar y el Museo de Farmacia (precisamente la de aquel hospital), en el Arco de Santamaría, lugar también de exposiciones ocasionales, completan una oferta museística paradigmática para el tamaño de la ciudad (Figura 4).

El resto del trayecto provincial nos ofrece pocos sobresaltos, y así en Castrojeriz, una de las poblaciones más



Figura 5: Villa romana de Quintanilla de la Cueva (Palencia)



Figura 6: Virginia Calvo, *Bosque de Ninfas* (2001), junto a la autovía "Camino de Santiago" en el límite entre Palencia y León

características, en topografía y traza, del fenómeno repoblador y urbanístico de la vía francígena, topamos también con dos museos de temática típica de esta tierra: un magnífico parroquial y el típico centón etnográfico fruto del fervor personal.

Ya en la vecina demarcación, Frómista, notoria por la cristalina "maqueta románica" de su Iglesia de San

Martín, ofrece el mismo pareado: el Museo Parroquial de San Pedro, con una muestra de la abundante pintura hispanoflamenca de la zona, y otra muestra etnográfica fruto de la sensibilidad particular hacia un pasado que, aquí, aún se escurre entre los dedos. Pero es Carrión de los Condes, sin duda, la capital del recorrido palentino, aunque en ella los museos sólo desempeñan el papel de meros lugares de exhibición ordenada de un patrimonio hasta hace bien poco desmembrado y disperso o en vías de hacerlo, encogido ante la magnitud monumental de la arquitectura monástica que lo alberga. El Convento de Santa Clara y la archiconocida Iglesia de Santiago, cuya fachada románica, de Pantócrator casi fidíaco, oculta un interior posterior a la francesada, son las citas discretamente museales que ordenan objetos de varia procedencia y condición. Una curiosidad en el desvío que lleva hacia Cervatos de la Cueva: la Casa-Museo de San Martín, solar familiar del general y libertador suramericano. Muy cerca, Quintanilla de la Cueva, con una de las dos villas romanas habilitadas para la visita que han dado renombre a esta zona, junto con la de La Olmeda en Pedrosa de la Vega (y su museo en Saldaña), poco más al norte (Figura 5).

La provincia de León agrupa la mayoría de sus museos (veinte de un total cercano a la treintena) en la línea del Camino que divide parte a parte un territorio dispuesto ahora de este a oeste (el mayor trazado provincial de la ruta), si bien su entrada por Sahagún, antaño casa principal cluniacense hispana, apenas permita vislumbrar ruinas malbaratadas pendientes de una musealización largo tiempo anunciada, y un modesto museo, el de las benedictinas, reducto de otros magníficos despojos, aparte el nutrido mudéjar local. Poca atención dedica León a su tierra agrícola de Campos y ribera baja, por ello hasta la capital apenas encontramos una manifestación sorprendente en estos pagos: el centro de *land art* "El Apeadero" de Bercianos del Real Camino, regentado por un galerista leonés cuyas iniciativas se mueven entre la recuperación del entorno (desde su propia sede, un desvincija-

do apeadero de RENFE ahora recompuesto) y la intervención artística mínima y reflexiva, sobre la propia idea del Camino, en proyectos a veces permanentes cuya silueta y mansa presencia combaten la desolación del caminante en estas parameras (Figura 6).

León, aquella “*ciudad llena de todas las felicidades*”, según ditirambo de Picaud, es hoy la modesta capital de una provincia desmesurada cuyos mayores desasosiegos suelen relacionarse con el Patrimonio cultural, del que anda tan sobrada como falta de auxilio. Su panorama museístico está, pese a todo, a un paso de ofrecer un vuelco espectacular, si las cosas van como se proclaman, aunque muy posiblemente no sea éste el *annus mirabilis* que esperamos. Por una parte la anunciada apertura este otoño del MUSAC (Centro Regional de Arte Contemporáneo, de la Junta de Castilla y León), mal ubicado en la trastienda urbana, aunque no lejos del Camino, y poco definido en cuanto a contenidos y programas, desarrollados febrilmente y con cierta reserva desde el despacho de su director en la madrileña calle de Alcalá; cuenta con un edificio singular (que es, al fin y al cabo, lo que parece interesar y lo primero y hasta hace poco único que se tenía); una pieza escultórica hueca que habrá de rellenarse con fondos, obras y propuestas de las cuales no se disponía a fecha de ayer. Por otro lado, la Diputación provincial surgida de las pasadas elecciones locales ha revisado los proyectos para sus colecciones designando un emplazamiento céntrico para el legado del pintor Díaz Caneja, mientras pretende ubicar su excelente colección etnográfica en un ruinoso convento, previa restauración y acondicionamiento, en la cercana localidad de Mansilla de las Mulas, en pleno trayecto compostelano. El Ayuntamiento, por su parte, si bien gestiona la Fundación y Museo de la obra de Vela Zanetti, está aún lejos de cumplir cacareados proyectos de antaño: Museo de historia de la ciudad (en el viejo Ayuntamiento), Ruta arqueológica urbana (en los distintos solares o sótanos reservados para ello) o Museo de la Semana Santa. Y, por fin, el proyecto más añejo y anhelado del patrimonio mueble leonés, la



Figura 7: Sacristía de San Marcos, sala II del Museo de León (presidida por el retablo pétreo de Santiago)

nueva y definitiva sede del Museo de León, provincial de arqueología y bellas artes, debiera estar dispuesto para las postrimerías del año, según anuncia el *Plan Integral de Museos* del Ministerio titular. Mientras tanto, este Museo no ha dejado de ofrecer una exposición permanente inaugurada en 1993 y renovada en varias ocasiones, en su antigua sede de San Marcos, enorme edificio renacentista y barroco desamortizado y convertido primero en museo público (abierto desde 1869) y posteriormente usado para variopintos comedidos, siempre junto al museo, hasta su conversión en Parador de lujo. Se trata, en todo caso, de la casa madre de la Orden de caballería de Santiago para el Reino de León, antiguo y célebre hospital y puente natural de la ruta, circunstancia que, junto a la abundancia de fondos jacobeos y bienes del propio convento que el Museo atesora, ha de convertir esas salas en reflejo de la historia de este monumento y sus implicaciones en la ruta cuando el Museo sea trasladado a su nueva sede matriz (Figura 7).



Figura 8: Vista aérea del Palacio Episcopal de Astorga, obra de Gaudí, sede del Museo de los Caminos (Fot.: Imagen M.A.S.)



Figura 9: Cartel modernista (D. Montserín), Museo del Chocolate de Astorga. (Fot.: Imagen M.A.S.)



Figura 10: Peregrinos en marcha hacia Santiago (Fot.: Imagen M.A.S.)

Por otra parte, el protagonismo de los museos eclesiásticos es aún dominante en la ciudad. Tanto el catedralicio-diocesano (uno de los mejores en su género por obras y por instalaciones) como el isidoriano, en puridad una sala del tesoro basilical (cuyas reliquias ya encomiaba Picaud en su *guía*), complemento insigne de la visita al Panteón de los reyes y a sus frescos románicos, ofrecen estaciones obligadas al romero, en la práctica las mismas que en el siglo XII.

Pero son otras dos capitales, Astorga y Ponferrada, las que han ofrecido mayor vitalidad en este particular.

Astorga inauguró en 2000 su Museo Romano en torno al criptopórtico abovedado que aún se llama popularmente *ergástula*, y realiza una ruta epónima por los lugares más significativos de la capital administrativa imperial *Asturica Augusta*. Pero ofrece, además, el Museo del Chocolate, merecedor del calificativo de "museo con encanto", para acompañar a sus tradicionales museos, el Catedralicio y el de los Caminos, cuya denominación singular para referirse al diocesano, instalado en el palacio episcopal de Gaudí, evoca la vocación de encrucijada de la ciudad, sede episcopal paleocristiana, confín de la Ruta de la Plata y estación del jacobeo y de los arrieros maragatos (Figuras 8 y 9). La arriería tiene más allá, en Santiago Millas, en plena Maragatería, una casa-museo en las antiguas escuelas, entendida como un centro de interpretación muy apropiado, que se completa con el no muy lejano Batán-Museo de Val de San Lorenzo, población dedicada a la artesanía pañera y de mantas, para ofrecer un panorama en expansión sobre una comarca característica y poco conocida, excepción hecha de sus peculiaridades gastronómicas. Pasado el agreste y emocionante alto de Foncebadón, El Bierzo anda a la vindicación de su identidad comarcal (única reconocida legalmente en la región) a base, por supuesto, de museos. Si en Bembibre es la etnografía, en especial los tejidos, y en Cacabelos la arqueología, al calor de Castroventosa, asentamiento que domina

el hondón del Sil, es en Ponferrada donde la fiebre museal ha cobrado sus principales piezas. El Museo del Bierzo, de vocación territorial aunque titularidad municipal gestiona también el Museo del Ferrocarril de la MSP (Minero Siderúrgica de Ponferrada) y el de la Radio, colección del ponferradino Luis del Olmo cedida para tal fin, y aún la enorme fortaleza entrerríos que dio origen a la villa está pendiente de mejorar su visita pública con alguna apuesta de contenido museístico. Poco queda por mencionar, aparte el museo, o mejor, sala de interpretación del imponente muñón cisterciense del Monasterio de Carracedo, pues Villafranca del Bierzo, dotada de un patrimonio arquitectónico excepcional, parece hacer bueno el hecho de que sólo quienes tienen mala conciencia (como Ponferrada) se vuelcan en su enmienda postrera (Figura 10).

Pocos museos hallamos en nuestro recorrido por la senda canónica gallega. Apenas un Museo etnográfico en el Cebreiro, la entrada esplendente del país, entre pallozas y leyendas como la del Grial (identificado con el cáliz de la iglesia, que figura en el escudo de Galicia), con la salvedad de Melide, donde junto a un museo parroquial, encontramos el Museo da terra de Melide, empeño del centro de estudios locales y dotado con secciones de arqueología y etnografía del país. Pero llegamos ya a Santiago. Allí, junto a los tradicionales y eclesiásticos Museo catedralicio, del monasterio de San Paio, o de la colegiata del Sar, descuellan el Museo do Pobo Galego en el monasterio de Bonaval y el Centro Galego de Arte Contemporáneo, inmueble *ex novo* de Álvaro Siza, receptáculos frecuentes de las exposiciones más relevantes de la ciudad.

Pero como si de un compendio se tratara, nuestro camino desemboca de manera natural en el Museo de las Peregrinaciones, en puridad el único *museo del Camino* que existe en la ruta, cuya trayectoria parece resumir y ejemplificar algunas cosas que venimos comentando. Fundado en 1951 a impulso de Manuel Chamoso Lamas, permaneció cerrado pese a su reconocido carácter de museo nacional de proyección



Figura 11: Interior de la Catedral de Santiago de Compostela (Fot.: Imagen M.A.S)

internacional, durante 45 años, hasta que, ya bajo la tutela autonómica, un nuevo equipo le dota primero de exposición permanente (1996) y desde el jacobeo del 99 de un programa de muestras temporales fotográficas de acusada modernidad y dinamismo (*peregrinaciones en el mundo*) que, en fecha reciente (2003), se ha visto complementada con una muestra histórica de gran interés sobre las primeras peregrinaciones cristianas a propósito del periplo de la monja Egeria, en una línea de trabajo que augura venideras satisfacciones.

Pero el viajero que se acerque a Santiago por cualquier medio ha de reparar en una enormidad urbanística aún sin rematar cuya denominación, *Ciudad de la cultura*, encierra no pocas incertidumbres e interrogantes. Parece ser que éste no será, todavía, su año, pero cuando lo sea, esperemos que su anunciada vocación de servir a la universalidad de Compostela no convierta la ciudad y, por extensión, el camino, en un parque temático de la peregrinación, peligro éste que acecha en cada nuevo recodo de la vieja ruta de las estrellas (Figura 11).

Suerte que aún cabe seguir caminando, pues si es sabido que *"quien va a Santiago y no va al Padrón, o hace romería o no"*, recomendamos, para cerrar este trasiego, la Casa-museo de Rosalía de Castro, en esa villa, íntimo santuario doméstico de la galleguidad, cuyos jardines y cementerio evocan saudades menos estridentes.

Sobre los museos en el Camino:

Aragón:

BELTRÁN LLORIS, M. (1990): "Los museos en Aragón", *Museo de Zaragoza*, nº 9, Zaragoza.

BUESA CONDE, D. (1991-1992): "Los museos de la iglesia en Aragón", *Artigrama*, nº 8 y 9, Zaragoza.

RINCÓN, W. (coord.) (1995): *Museos de Aragón*, Everest, León.

Castilla y León:

ELORZA, J.C. (coord) (1996): *150 años del Museo de Burgos (1846-1996)*, Junta de Castilla y León, Burgos.

FERNANDEZ, J.J. (2003): *Museos y colecciones de Castilla y León*, editorial Ámbito y Junta de Castilla y León, Valladolid.

GRAU, L. (coord.) (1993): *Museo de León. Guía-catálogo*, Junta de Castilla y León, León.

El Apeadero:
Revista *Territorio público*, nº 0 (2002) y nº 1 (2003).

<http://turismo.iranon.org/museodeleon/>

Galicia:

CASADO NIETO, M.R. y LÓPEZ MORAIS, A. (1989): *Guía por los pequeños museos de Galicia*, Everest, León.

LÓPEZ REDONDO, A.; LÓPEZ DE PRADO NISTAL, C. y LEMOS RAMOS, B. (1993): *Censo de museos de Galicia. Normas para o inventario*. Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia.

NOVOA, F. (coord.) (2003): *De Finisterre a Jerusalén: Egeria y los primeros peregrinos cristianos*, catálogo de exposición, Museo das peregrinacións, Santiago de Compostela.

PÉREZ OUTEIRIÑO, B. y PESQUERA VAQUERO, M^a I. (2003): "El programa expositivo de un museo local de proyección internacional. El caso del Museo de peregrinaciones", revista *Museo*, nº 8: 113-133. A.P.M.E., Madrid

www.cgmuseos.org

www.mdperegrinacions.com

Navarra:

MEZQUÍRIZ, M.A. *et alii* (1989): *Museo de Navarra*, guía del Museo, Gobierno de Navarra, Pamplona (hay reed.).

www.cfnavarra.es/redmuseos

La Rioja:

www.larioja.org/turismo/viajar/patrimonio_cultural/p_cul_museos.html

Sobre las actividades en marcha:

www.xacobeo.es

www.santiagoturismo.com

www.jacobeo.net; www.jacobeo.info

www.aytoleon.com/jacobeo/le04

www.aytoburgos.es, entre otras.

BIBLIOGRAFÍA

- AA. VV. (1985): *Santiago de Compostela. 1000 ans de Pèlerinage Européen*, catálogo de exposición, Europalia '85, Gante.
- AA. VV. (1986): *Por el Camino de Compostela*, Catálogo de la exposición, Ministerio de Cultura, Santiago de Compostela.
- AA. VV. (1993a): *Santiago, camino de Europa. Culto y cultura en la peregrinación a Compostela*, catálogo de exposición, Xunta de Galicia, Arzobispado de Compostela y CajaMadrid, Santiago de Compostela
- AA. VV. (1993b): *Vida y peregrinación*, catálogo de exposición, Ministerio de Cultura, Santo Domingo de la Calzada.
- AA. VV. (1993c): *Los constructores de catedrales. El camino de Santiago*, catálogo de exposición, 2 vols., Diputación de León, León.
- AA. VV. (1993d): *Iconografía de Santiago y de los santos burgaleses vinculados a la peregrinación*, catálogo de exposición, Fundación para el desarrollo provincial de Burgos, Burgos.
- AA. VV. (1999a): *Santiago*, catálogos de exposición (5 vols.), Xunta de Galicia, Santiago de Compostela.
- AA. VV. (1999b): *Huellas jacobeanas*, catálogo de exposición, Xunta de Galicia, Ministerio de Asuntos Exteriores e Iberia, Santiago de Compostela.
- AA. VV. (2004a): *Luces de peregrinación*, catálogo de exposición, Xunta de Galicia y Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid y Santiago de Compostela.
- AA. VV. (2004b): *Sentimiento de camino*, catálogo de exposición, Xunta de Galicia, Junta de Castilla y León, Gobierno del Principado de Asturias y Gobierno de La Rioja, Santiago de Compostela.
- BARRET, P. y GURGAND, J.N. (1978): *Priez pour nous à Compostelle*, Hachette, París (ed. cast. en 1982, *La aventura del Camino de Santiago*, Edicións Xerais de Galicia, Vigo).
- BOTTINEAU, Y. (1965): *Les chemins de Saint-Jacques*, con varias ediciones en castellano; *El Camino de Santiago*, 1985, ect.
- CAUCCI VON SAUCKEN, P. (ed.) (1993): *Santiago. La Europa del peregrinaje*, Barcelona.
- FONCEA LÓPEZ, R. (1999): *Santiago. Iconografía jacobea en La Rioja*, Trabajos del Museo de La Rioja, nº 16, Logroño.
- GALÁN GONZÁLEZ, J. L. (1996): *De León a Santiago de Compostela por San Salvador de Oviedo. Guía para el peregrino*, Asociación Astur-Leonesa de Amigos del Camino de Santiago, Oviedo.
- GOICOECHEA ARRONDO, E. (1971): *Rutas Jacobeanas. Historia, Arte, Camino*, editado por Los Amigos del Camino de Santiago de Estella (Navarra), León.
- GRAU LOBO, L. (1999): *Ultreia. Camino de Santiago por el Museo de León*, catálogo de exposición, Junta de Castilla y León, León.
- MARTÍN BENITO, J.I.; DE LA MATA GUERRA, J.C. y REGUERAS GRANDE, F. (1994): *Los caminos de Santiago y la iconografía jacobea en el norte de Zamora*, C.E.B. "Ledo del Pozo", Benavente (Zamora).
- MARTÍNEZ SOPENA, P. (1990): *El Camino de Santiago en Castilla y León*, Valladolid.
- MORALEJO, A., TORRES, C. Y FEO, J. (1951): *Liber Sancti Iacobi. Codex Calixtinus*, Instituto "Padre Sarmiento" de estudios gallegos, Santiago de Compostela (reed. Facsimil en 1992, Xunta de Galicia, Pontevedra).
- NOOTEBOOM, C. (1993): *El desvío a Santiago*, Siruela, Madrid.
- SÁNCHEZ TRUJILLANO, M.T. (1993): *Peregrinos en La Rioja*, Trabajos del Museo de La Rioja, nº 10, Logroño.
- SORIA Y PUIG, A. et alii (1992): *El camino de Santiago*, 2 vols., Ministerio de Obras Públicas y Transportes, Madrid.
- VALIÑA, E. y equipo (1985, 1ª ed.): *El Camino de Santiago. Guía del Peregrino*, Ed. Everest, León.
- VÁZQUEZ DE PARGA, LACARRA Y URÍA RÍU, (1948): *Las peregrinaciones a Santiago de compostela*, CSIC, Madrid (ed. Facsímiles en 1981, Diputación de Asturias, Oviedo, 1981 e Institución Príncipe de Viana e Iberdrola, Pamplona, 1992).